

Ya Jesu-Christo dixo despues en su Evangelio, que vendrian hombres de Oriente, y de Occidente, que se sentarian con Abraham, Isaac, y Jacob en el Reyno de los Cielos, y que los hijos del Reyno serian arrojados á las tinieblas exteriores. Quando yo considero la insensibilidad, y la tibieza de los Christianos, quanto temo no se cumpla aun este oraculo en nosotros. ¿Estuvo la fé jamás mejor establecida? ¿Se vieron jamás menos buenas obras? ¿Huvo jamás tantos Christianos, y hubo jamás tan pocos Fieles? Los socorros son grandes, pero el descuido es estremo; nunca se habló tanto de reforma, pero jamás hubo mas desorden; jamás se anunció mejor la palabra de Dios, pero jamás hizo menos efectos; no parece sino que abandonada entre nosotros, se refugia á esas nuevas Iglesias, en donde fructifica abundantemente la semilla del Evangelio, en donde se renueva felizmente en estos ultimos tiempos, la inocencia, y el fervor de los primeros siglos.

Fiel Ministro de Jesu-Christo (a) á quien ha escogido para llevar su nombre á esas Naciones infieles, y que veis con placer los aumentos que Dios dá á esas plantas que regais, vos lo sabeis bien; y asi como sois el testigo de su verdad, lo podeis ser tambien de los efectos maravillosos de su gracia. Bien lo sabeis, hablaseles de un Dios desconocido, y escuchan; se les predica su bondad, y la aman, su verdad, y la creen, su poder, y le temen, sus promesas, y esperan en ellas, su Ley, y la practican; las obras están de acuerdo con la fé, la perseverancia se halla junta con el fervor, y la tranquilidad del espiritu con el rigor de las persecuciones, y de los martyrios. Quan de temer es, que el Reyno de Dios no se haya pasado allá, que la fé no vuelva á su origen, y que por una funesta revolucion, asi como ha pasado de los Judíos á los Gentiles, no vuelva á pasar de los Christianos á los Gentiles, y que asi como nos fue traída del Oriente por tres Reyes, no vuelva de aqui al Oriente por tres

(a) Estaba presente el Señor Obispo de Helopolis.

tres Obispos que la anuncian. ¿De donde provendria esta desgracia? Sino de que nosotros no tenemos una fé pronta como los Magos, ni una fé animosa como ellos.

## PUNTO SEGUNDO.

**D**OS falsas ideas se forman ordinariamente de la Religion Christiana, y de sus obligaciones en el Mundo. Unos las miran como faciles, otros las miran como imposibles. Los primeros reducen su piedad á ciertas practicas de devocion exterior, á una Misa, á que asisten por bien parecer, á un Sermon que oyen, las mas veces con disgusto, á unas oraciones que rezan por costumbre, y sin reflexion, á una limosna que se dá por azar, y acaso por vanidad, á una comunion que hacen descuidadamente con el motivo de alguna fiesta grande, á un poco de reforma en los vestidos, que no llega hasta el corazon, á algunas ternuras de devocion, que mas provienen de un temperamento afectuoso, que del fondo de una solida piedad; sin incomodarse por otra parte, y sin hacerse violencia en sus pasiones, creen que han cumplido con toda la ley, y aguardan aquella Corona de justicia que Dios no ha prometido sino á los que le aman. No obstante, la Escritura Santa nos enseña, que es necesario adorar á Dios en espiritu, y en verdad; que para ser discipulo de Jesu-Christo es necesario llevar su Cruz, renunciarse á sí mismo, y conquistar el Reyno de los Cielos con violencia.

Los otros al contrario, en todo hallan dificultades, ó á lo menos las imaginan, toda la Religion se les hace gravosa. Sujerar ciegamente su espiritu á creencias obscuras, y llenas de velos, reconciliarse con su hermano quando se cree haverle ofendido, restituir una porcion de hacienda mal adquirida, quando há mucho tiempo que se posee, son leyes, que miran como impracticables, todo les enfada, la Tierra Santa les parece una tierra, que devora sus habitantes; todas las sendas de la virtud les parecen cerradas con una cerca de

de espinas, no se atreven á salir de sus pasiones por los peligros que se imaginan; y dicen como aquellos hombres cobardes, de quienes habla el Sabio: *Leo est foris, in medio platearum occidendus sum*; (a) y sin considerar los socorros del Cielo, y los auxilios de la gracia, de quienes no tienen ninguna experiencia, se asustan de lo que debia atraerlos, semejantes á aquellos Astronomos, que se han imaginado horribles monstruos, y furiosos animales en aquellas partes del Cielo, en que no hay sino constelaciones luminosas, y que se han figurado monstruosas formas, donde no hay sino estrellas.

No digo que sea tan facil ser buen discipulo de Jesu-Christo; no permita Dios que yo ensanche el camino estrecho, que nos ha trazado en su Evangelio, y que debilitando su verdad sea prevaricador de mi ministerio. Ni tampoco digo que sea imposible; infelíz de mí si yo hiciese pesado el suave yugo del Señor, y si pusiese á mi antojo limites á su misericordia, y su poder. Pero digo que es difícil, que atendiendo á la depravacion de nuestra naturaleza, no hay virtud que no encierre en sí alguna dificultad en su practica, y que un Christiano debe obrar por principios mas fuertes, y mas elevados, que los del Mundo; porque la nobleza de su profesion es muy acreedora á que haya resolucion, y valor.

Tales fueron estos Principes de quienes el Evangelio nos habla el dia de oy, y que los Padres de la Iglesia nos representan como exemplos de una vocacion constante, de una fé animosa, y de una caridad magnanima. Examinemos la generosidad de su conducta; elevanse primeramente sobre todas las consideraciones del interés, y de la gloria humana, sin las cuales los Grandes del Mundo jamás emprenden cosa alguna extraordinaria. Si pretenden aliarse los unos con los otros, es para honrarse con su amistad, ó para apoyarse con sus fuerzas, ó para engrandecer sus estados, ó para invadir los de los otros. Arreglan todos sus designios sobre las ven-

(a) Prov. 22. v. 13.

tajas que les resultan, y fundan siempre sus correspondencias sobre ciertos intereses particulares, que de ordinario cubren con el especioso pretexto del bien comun, y de una utilidad publica. Pero estos Principes, dice San Chrysoftomo, vienen á Jesu-Christo no por politica, sino por grandeza de alma; porque ¿qué tenia que ver el Persa con el Judío? ¿Qué podian pretender de un Rey niño, y de una Madre pobre? ¿Tenian acaso alguna señal de poder superior á la de los demás? ¿Tenian acaso necesidad de ganar la benevolencia de un padre reynante, ó de una casa señalada por su reputacion, ó por sus alianzas? ¿Creían ellos, que aquel niño en su cuna les agradecería sus dones, y se acordaría en adelante de su anticipada adoracion? No, no; buscan á Jesu-Christo por Jesu-Christo mismo; lejos de ir á suplicarle, y á pedirle prosperidades temporales, van á hacerle ofrendas de aquellos mismos bienes que piden los demás; miran las obligaciones, y no las recompensas, y no desean otro fruto de su empresa, que haverle buscado, y haverle tributado una sumision sincera, y desinteresada; bien diferentes de aquellos Christianos asalariados, que no alaban á Dios, sino por las consolaciones sensibles, y por los bienes temporales que reciben, que no saben decir, sino con el Apostol: *Bendito sea Dios, que nos ha consolado en nuestras tribulaciones*, (a) ó con un Propheta: *Bendito sea Dios, que ya hemos llegado á ser ricos: Benedictus Dominus, quia divites facti sumus*. (b)

Pero aun superan valerosamente las sospechas, y los juicios del Mundo. Porque es de creer, que estos primeros Christianos tuvieron la misma suerte de todos los demás, que han querido vivir despues religiosamente en Jesu-Christo, que fueron expuestos á los razonamientos de los politicos, y á la censura de los pueblos. ¿Quantas veces los juzgarian por almas bajas, que no pudiendo sufrir el peso de la Corona, iban á confundirse con el vulgo? ¿Quantas veces los mirarian como á impostores disfrazados, que hon-

Tom. 5.

Z

ran-

(a) 2. ad Cor. 1. v. 3. y 4. (b) Zachar. 11. v. 5.

rándose de un vano, y especioso titulo, pretenden engañar á los Vasallos de otros, no teniendo ellos mismos á quien gobernar? ¿Quantas veces, despues de haver sabido el secreto de su viage, se les acusó de una curiosidad indiscreta, ó de una ridicula credulidad? ¿Quantas veces tomaron por un capricho, y una vision de Astrologo, el descubrimiento, y la aparicion de aquella estrella que les servia de guia? Tal es la malignidad, y la contradiccion de los pueblos, especialmente respecto de los grandes, quieren interpretar sus acciones, erigense un tribunal caprichoso, en donde gustan de decidir temerariamente de sus intenciones, y vengarse de la obediencia, que se ven precisados á darles, por la libertad que se toman de hablar, y juzgar mal de ellos.

Tal es la injusticia del Mundo. Haviála experimentado el Rey Propheta en el curso de su penitencia, y se quejaba de ella al mismo Dios: *Qui inquirebant mala mihi, locuti sunt vanitates, & dolos tota die meditabantur*: (a) Los que examinaban mi vida pasada, daban malas interpretaciones á mis humillaciones presentes, decian de mí mil cosas vanas, y todos los días me armaban lazos: *Et qui retribuunt mala pro bonis, detrahebant mihi, quoniam sequebar bonitatem*. (b) Aquellos mismos á quienes yo havia hecho bien, me despedazaban con los agudos dardos de sus lenguas envenenadas, porque comenzaba á servir con fidelidad. En efecto, ¿no es esta la contradiccion ordinaria de las gentes del Mundo? Si un hombre despues de haver entrado en el fondo de su conciencia, baja á juicio consigo mismo, y llega á retirarse del fuego, de las compañías, y aun de los mismos empleos, que por una experiencia fatal havrá conocido ser contrarios á su salvacion; si distribuye sus bienes á los pobres, y si asiste con mas frecuencia, y con mas atencion á los Sagrados Mysterios; si una dama aun en la flor de su edad renuncia el luxo, y la vanidad, y se reduce á las reglas de la modestia Christiana, si visita los Hospitales,

(a) Psalm. 37. v. 13. (b) Ibid. v. 21.

les, y las Iglesias, al punto se examinan los motivos de esta mudanza, y siempre se toman los menos caritativos. Se les dá en quanto se puede, una ridicula interpretacion á estas conversiones; tan presto son apariencias engañosas, tan presto son precisiones interesadas, tan presto excesos vituperables, tan presto arrogantes singularidades. No se escandalizaban de sus pecados, y se escandalizan de su penitencia.

Con todo eso, no hay cosa mas deplorable que la fragilidad de los Christianos, que ceden á esta tentacion; llamados por la gracia de Jesu Christo, contenidos por la verguenza del mundo, estimulados por los remordimientos de su conciencia, asustados por el ruido que hacen los pecadores, queriendo siempre ser buenos, y no atreviéndose jamás á desagradar á los malos; deliberan como si el partido fuese igual, y muchas veces se determinan á continuar en sus desordenes, por no atraerse algunas reprehensiones, recusando de este modo á su Juez invisible, que puede salvarlos, ó perderlos por la eternidad, por unos Jueces visibles de quienes no pueden aguardar sino vanas alabanzas, ó satyras mas picantes, y mas vanas. Sepan, pues, que San Pablo por nada tenia el ser juzgado de los hombres: *Mihi autem pro minimo est, ut á vobis iudicer*, (a) y que aun los miraba como enteramente opuestos á los de Dios: creyendo incompatible el ser siervo de Jesu Christo, y agradar á los hombres: *Si hominibus placerem, Christi servus non essem*. (b) Acuerdense que nada hay tan debil, ni tan vergonzoso, como avergonzarse de la fé, y de la Religion, y que Jesu Christo renunciará delante de su Padre, que está en el Cielo, á qualquiera que le renunciare delante de los hombres.

Quando en tiempo de los Dioclecianos, y de los Neronés, arrastrado un Christiano delante de sus tribunales, iba á responder de su fé; y quando viendo al rededor de sí un

Z 2

fu-

(a) 1. ad Cor. 4. v. 3. (b) Ad Gal. 1. v. 10.

furioso tyrano, y por otra unos inhumanos verdugos, el uno pronto à pronunciar la sentencia, y los otros diligentes para executarla; y en fin por otra hierros ardiendo, relucientes espadas, arroyos de sangre, que todavia estaban corriendo, y un monton de cuerpos despedazados por la misma causa; si consultaba su corazon, y su fé, si el terrible aparato del suplicio, y la horrorosa imagen de la muerte havian hecho titubear su valor, si su tremula mano havia dejado caer contra su voluntad algun grano de incienso al pie de un Idolo; el corazon huviera desaprobado el delito al mismo tiempo que la mano le cometia, aunque huviese guardado en su conciencia la fidelidad, que la fragilidad de la naturaleza, y el temor de los tormentos le havia hecho perder exteriormente; la Iglesia le miraba con horror, y quando llegaba á pedir perdón le remitia al Tyrano, para que diese pruebas de su arrepentimiento, y para expiar con su sangre la cobardía que havia cometido. ¿Pues qué merecerán aquellos que no teniendo que temer sino una palabra, ó un desprecio, ahogan los buenos propósitos, que han tenido, y no se atreven à hacer publica profesion de la humildad, ó de la paciencia de Jesu-Christo? ¿O qué cobardía! Se sirve al mundo descaradamente sin darsele nada de los juicios de Dios; y luego si se quiere servir á Dios, se temen hasta los menores discursos del mundo; por satisfacer sus pasiones se arriesga su reputacion, y hasta su misma eterna salud; si se trata de satisfacer à Dios, à quien se ha ofendido, se contiene uno por un falso pudor, ó por una cobarde timidez. Los Magos no caen en esta flaqueza, no solamente desprecian los juicios, y las murmuraciones de los hombres; elevanse tambien por un santo zelo sobre los temores, y aun sobre los peligros del mundo. Entran en el Reyno, en la Capital, y en la Corte del mismo Herodes; anuncian con confianza al pueblo, á los Sacerdotes, y poco falta para que se dirijan al Rey mismo, y le pregunten: *¿Ubi est qui natus est?* No dudan de la verdad de este nacimiento, solo están inciertos del lugar; desprecian la turbacion, y el terror en Jerusalem, y ha-

hacen temblar al Tyrano aun sobre su Trono. No conocen la adulacion de los cortesanos. ¿No saben que no hay cosa tan delicada, ni tan celosa como el honor de la Corona, que un usurpador siempre es infaliblemente cruel, y sospechoso; que sostendrá su ambicion por su crueldad, y se mantendrá sobre el Trono por los mismos delitos que ha subido á él? No se acobardan estos Santos Reyes, buscan à Jesu-Christo con un valor firme, é intrepido. Quan cierto es lo que dice San Agustin, que la codicia es cobarde, y tímida, porque teme, ò que no se la dé lo que desea, ó que no se la hurte lo que posee, y que al contrario, la fé es atrevida, porque no teniendo nada que ganar, ni nada que perder sino à Dios; no se aficiona sino á él, y nada teme de parte de los hombres. Ve aqui la diferencia de estos Principes.

Herodes al arribo de estos estrangeros, se inquieta, y se turba. *Turbatus est.* Por mas que haga por disimular su tristeza, la muestra, y la comunica á toda la Ciudad: *Et omnis Hierosolyma cum illo.* Llama á los Magos en secreto, y á escondidas: *Clam vocatis Magis;* para descubrir con astucia lo que pretenden, hablales, no del nacimiento de Jesu-Christo, no sea que se confirmen en su opinion, sino de la aparicion de la estrella, como de una chimerica vision: *Didicit ab eis tempus stelle.* Consulta à los Doctores, pero no es ni sobre el poder, ni sobre la Magestad, ni sobre la Dignidad Real del Mesias, sino solamente sobre el lugar de su nacimiento: *Sciscitabatur, ubi Christus nasceretur.* Aunque la prophecía que le exponen parece clara, y evidente, no sabe á qué atenderse; no la cree, y la teme; la cree, y se imagina que podrá detener su cumplimiento; pregunta la verdad, y quisiera que le adulasen. Finge querer adorar al que tiene animo de perder. Su politica le divierte, y su conciencia le atormenta: ¿O qué embarazos! ¿Qué de rodeos! ¿Qué de desconfianzas! Al contrario, los Magos, con una fé viva, y una heroica simplicidad, anuncian la venida del Salvador en la Judea, ocupados de su grandeza, poseídos de su gra-

cia, y estimulados por su espíritu; no atienden á los hombres sino para saber de ellos la verdad, ó para enseñársela: *Ubi est, qui natus est?* Reyes, ó vasallos, amigos, ó enemigos, para ellos todo es igual. Diriais vosotros que se multiplicaban; no son mas que tres, y se hallan en todas partes, en el Palacio, en las Plazas, en toda la Ciudad: *Et omnis Hierosolyma cum illo.* Aun no conocen á Jesu-Christo, y ya le confiesan; informanse de él, y ya le predicán sin embarazo, sin política, y sin rodeo. Herodes los teme, y ellos no temen á Herodes; hablan como si estuviesen en sus Estados, y tiembla Herodes como si fuese extranjero en su propio Reyno. De este modo cumplen con todas las obligaciones de su vocacion, y dejan á todos los Sacerdotes de Jesu-Christo el exemplo de una Mision Evangelica.

En fin, habiendo llegado al pesebre de Jesu Christo se elevan por la fé sobre los sentimientos de la razon, y de las apariencias humanas, reconociendo un Dios bajo el velo de nuestras enfermedades, y de nuestras flaquezas, y puede ser no necesitasen menos valor para no ser escandalizados de Jesu-Christo, que para no ser acobardados del poder de Herodes; todo parecia oponerse á su conocimiento; *invennerunt puerum.* ¡Qué cosa mas enferma que un niño! En el estado de la naturaleza solo sabe sufrir, y quejarse, y aun lleva sobre sí las impresiones de la nada, de donde acaba de salir. En el estado de lo Moral, todos los principios de la razon que nos elevan sobre el resto de las demás criaturas, están como ligados, y sin accion, y nada hay en él de racional, sino la esperanza de que lo llegará á ser: Aun en el mismo orden de la gracia, entra en este Mundo como un miserable, que viene á pagar la pena del primer pecado, y que es deudor á la justicia; y aun quando es reengendrado por la gracia, esta gracia que es un principio operativo, queda en él un principio ocioso, y estéril, porque halla un sujeto incapaz de reflexion, y por consiguiente de merito. Esta es la primera condicion del Salvador, este es el estado en que le hallan los Reyes. No

obstante, penetran ellos todas las obscuridades que le ocultan, descubren su sabiduría por medio de esta infancia muda; bajo la forma de siervo, perciben la grandeza, y el poder de Señor: ven bajo de aquellos pobres pañales con que se embuelve las insignias de un Rey Celestial; unos Philosophos adoran á un Niño, unos Reyes adoran á un Pobre, y su fé no solamente es animosa, sino perfecta, y entera, que es la tercera parte.

## PUNTO TERCERO.

UNO de los efectos ordinarios de la grandeza, y de la sabiduría de Dios, es elevar á un grado sublime de perfeccion, y de virtud á los que ha elegido para ser los primeros sugetos, y como las primeras cabezas despues de él en su Religion. Como es su Providencia quien los destina, su gracia es quien los forma, y quien los conduce á sus designios; y asi como se sirve de ellos para dár á conocer sus verdades, y para anunciar su gloria entre los hombres, quiere que sirvan á los hombres para su instruccion, y para su exemplo: porque asi como en las Artes hay ciertos originales que son las obras consumadas de los siglos pasados, y los modelos de los que les siguen, asi tambien hay en el Christianismo hombres Evangelicos, á quienes parece haver suscitado Dios en su primitiva Iglesia para animarlos mas abundantemente de su espíritu, y para hacerlos modelos de una fé entera, y perfecta.

No ha havido otros, dice San Leon, que hayan sido mas favorecidos, y que hayan mostrado mas fé que estos Magos, que debemos mirar como nuestros padres, que nos han engendrado en Jesu Christo, y que nos han dejado como en una preciosa sucesion los exemplos de una conducta enteramente Christiana.

Fueron ellos ilustrados de los primeros rayos de la verdad, han sido los primeros que han sentido los primeros movimientos de la gracia de Jesu-Christo; recogieron

cerca de su cuna las primicias del Espiritu Evangelico; y asi han sido los primeros Predicadores del Evangelio, los primeros Prophetas de la Ley de Gracia, los primeros Evangelistas de Jesu-Christo, los primeros testigos de su nacimiento, y los primeros confesores de su nombre. Y asi nos han enseñado como es necesario portarse en las prosperidades, y en las tribulaciones; en los principios, y en los progresos de la penitencia, en la vida privada, y en los ministerios publicos de la Iglesia. Su fé se halla ilustrada en los Mysterios; reconocen la Divinidad de Jesu-Christo por el incienso que le ofrecen; reconocen su redencion por el precio del oro que le dán; muestran su incorruptibilidad, y su resurreccion por la mirra que le presentan. Su fé es fervorosa; consagranle en el oro la pureza de sus buenas obras, en el incienso el buen odor de sus oraciones, en la mirra la amargura de su penitencia. Su fé es liberal; no vienen solamente á doblar las rodillas delante de su pesebre; sino á colmarle, si es licito decirlo asi, de sus dones reales, y á un mismo tiempo mysteriosos. Su fé es humilde; entran como penitentes, y no como Reyes; postranse para pedir gracias; adoran á Jesu-Christo, y al mismo tiempo le imitan en su abatimiento, y en su humildad. No hablan sino por sus acciones; aqui está este oro, que servia á nuestras vanidades. Aqui está este incienso, y esta mirra, que havian servido á nuestras supersticiones. Y en fin, es perseverante su fé; bolvieronse por el camino estrecho, no quieren comercio alguno con Herodes. Van á reparar los malos exemplos que han dado; á hacer adorar á Jesu-Christo en donde havian adorado á los Idolos; á practicar la pobreza en donde han abusado de las riquezas, y á ahogar las maximas del siglo, bajo las Leyes, y maximas de Jesu-Christo.

Pero nosotros, Señores, nosotros dividimos muchas veces nuestra fé; tenemos una fé superficial de los Mysterios de Jesu-Christo; pero no una fé viva, y obradora en él, y por él. Hay una creencia de consentimiento, y una creencia de persuasion interior; la una sujeta nuestra razon á los Mysterios de la Religion; y la otra nuestra voluntad á la obe-

obediencia del Evangelio. La primera es una luz, que nos hace conocer la verdad. La segunda es una caridad derramada en el corazon, que nos hace cumplir nuestras obligaciones. Pero la mayor parte de los Christianos no tienen sino esta fé sin accion. Creen el nacimiento de Jesu-Christo, admiran los secretos de su Providencia en la disposicion de este Mysterio: adoran, si quereis, en su espiritu todas las virtudes, que el Hijo de Dios ha practicado; pero se forman de ellas objetos de su opinion, y no exemplos para su imitacion. Las menores dificultades los disgustan, los menores intereses los detienen. De buena gana iria Herodes con los Magos, pero esto seria reconocer á un Señor, esto seria exponer aquella autoridad que havia usurpado, costariale su reposo, y acaso su Corona. Los Escribas, y los Phariseos quizá softendrian la verdad, pero temen desagradar al Tyrano que los consulta. Bien irian los Pueblos á Belen, pero quisieran ver al Mesías con un aparato mas magestuoso, y mas magnifico. Sigamos el exemplo de estos Reyes. Sacrifiquemos á Dios todo lo que le desagrada de nosotros. No miremos sino á Jesu-Christo, sigamos sus huellas. Vamos á humillarnos con él en su pesebre, para reynar con él en el Cielo, &c.

que os aborrecen. Y orad por los que os persiguen, y os calumnian. En S. Mateo c. 5. v. 44.

